

## Siria tres años después

Carlos LARRINAGA  
Historiador y Profesor Titular de Universidad

Cuando aquel 15 de marzo de 2011 se generalizaron las protestas en varias ciudades sirias contra el régimen de Bashar el-Asad, dudo que algún analista político hubiese imaginado que tales manifestaciones terminarían desencadenando una guerra civil como la que padece hoy Siria desde hace casi tres años. Aquellas reivindicaciones contra la corrupción y a favor de una apertura del régimen hacia su democratización siguiendo el modelo de otros países árabes, como Túnez o Egipto, terminó de la peor de las maneras posibles. El Día de la ira dio paso a la guerra de la ira, sin, de momento, visos de solución inmediata. Porque mientras en Túnez el presidente Ben Alí terminó huyendo en seguida y se constató su falta de apoyos o en Egipto Mubarak también se vio obligado a abandonar el poder en medio de una crisis política que aún perdura, en Siria el-Asad se negó a esa posibilidad, ya que contaba y cuenta con importantes sectores de la población a su favor. Semejantes apoyos internos, amén de los externos, es lo que le ha permitido al régimen sobrevivir y en estos momentos llevar la delantera en la que ya se considera el conflicto bélico más grave del siglo XXI: unos 146.000 muertos, unos 6,5 millones de desplazados, dos millones y medio de refugiados en países vecinos y 5,5 millones de niños afectados por la guerra, debiendo añadirse unos destrozos materiales que son incalculables. Desde luego, estadísticas del horror para un país que a la altura de 2010 presentaba unas cifras de mejora social y crecimiento económico nada desdeñables, gozando, además, de la consideración de actor de primer orden en la siempre convulsa región del Próximo Oriente.

Frustradas las conversaciones de paz de la conferencia de Ginebra II, no se detectan en estos momentos movimientos hacia la paz, a pesar de los requerimientos de Ban Ki-moon en el contexto de este tercer trágico aniversario. Lo cierto es que su petición sonaba más a retórica que a otra cosa. Está claro que el foco de la actualidad internacional durante las últimas semanas está puesto en Ucrania y Crimea y, de momento, nada hace pensar en nuevas expectativas. La verdad es que el estallido de la cuestión ucraniana ha hecho que las relaciones entre EEUU y la UE, por un lado, y Rusia, por otro, se hayan envenenado de tal forma que algunos analistas empiezan a hablar de una nueva guerra fría. Sinceramente, no creo que esto vaya a ocurrir, sobre todo, si apelamos a la siempre tan querida *realpolitik* de las relaciones internacionales. ¿Cómo Crimea, una península de la extensión aproximada de Sicilia en la que ni los EEUU ni la UE tienen intereses directos, puede envenenar de tal manera la política internacional? Tratar de arrinconar a Rusia no me parece la mejor solución y menos aún tratar de despojarle de su condición de gran potencia. La Federación Rusa es un actor internacional demasiado importante como para que la pérdida de Crimea por parte de Ucrania lastre toda la política internacional. Hay numerosas cuestiones en el tablero internacional que precisan de la colaboración entre EEUU y Rusia. Y, desde luego, Siria es una de ellas. De ahí la necesidad de que ambos países vuelvan por la senda de la cordura diplomática y retomen una agenda internacional hartamente decisiva para la paz mundial: situación en Siria, cuestión nuclear iraní, terrorismo en Afganistán e Irak o las conversaciones entre Israel y la Autoridad Nacional Palestina, por ejemplo. Como puede comprobarse, aspectos todos ellos de especial relevancia.

Entretanto, y ante una cierta indiferencia y cansancio de la comunidad internacional, la guerra continúa en suelo sirio. Así, mientras el gobierno sirio sigue contando con la firme colaboración de Hezbolá, Irán y Rusia, las potencias occidentales han ido cediendo poco a poco su ayuda a las tropas rebeldes, toda vez que éstas se encuentran fragmentadas y donde los líderes en el exilio no se sabe bien a quién representan. Todo ello por no hablar de la cada vez mayor presencia de yihadistas llegados de numerosos países en el terreno de combate. De suerte que aquella legítima reivindicación en pro de las libertades políticas y de la democratización del país se está viendo cada vez más empañada por una lucha religiosa que busca un objetivo diametralmente opuesto: la implantación de una república islámica. Esto explica, en buena medida, esa falta de apoyos de los

países occidentales a los rebeldes. Y de ahí, asimismo, la necesidad de volver al *statu quo* internacional previo a la crisis ucraniana para que las grandes potencias intercedan ante los rebeldes y el gobierno sirio para llegar a un acuerdo que frene esta sangría. Sin embargo, las declaraciones de Brahimi, el mediador de la ONU y de la Liga Árabe, descartando la reanudación de las conversaciones de paz, son claramente desalentadoras.

Mientras tanto, no parece muy realista la pretensión de el-Asad de convocar unas elecciones presidenciales. Éstas sólo habrían de ser un paripé que lo único que harían sería, desde el punto de vista de la oposición, desacreditar más aún al régimen. En la situación de guerra que vive en estos momentos Siria no me parece una buena idea. Mejor sería que el gobierno, con la colaboración de la comunidad internacional, tratase de llegar a acuerdos mínimos con los opositores para lograr la paz y poner coto al terrorismo yihadista y poder sentar así las bases de la reconstrucción de un país en estos momentos destrozado material y moralmente. Para ello, el entendimiento entre EEUU y Rusia es imprescindible.

23 de marzo de 2014